

LA CIUDAD Y SUS METAFORAS

Formulación ideológica y procesos de reestructuración urbana en la Barcelona contemporánea¹

Juan de la Haba

Antropólogo, Equip de Recerca en Antropologia deis Processos Identitaris (ERAPI), Departament d' Antropologia Social, Universitat de Barcelona.

El artículo analiza determinados «contextos metafóricos» que han servido de soporte ideológico-cultural para los actuales procesos de renovación urbana de Barcelona, con especial referencia a la creación del nuevo barrio marítimo de la villa olímpica y la remodelación del frente marítimo de la ciudad; operaciones que se inscriben en el contexto general de promoción de Barcelona como gran metrópolis mediterránea. En ese ámbito se aborda la producción de identidades urbanas y microterritoriales, así como la interrelación con otros niveles de identidad presentes en Cataluña.

Desde hace varios años la ciudad de Barcelona viene experimentando un cambio profundo de su morfología y sus estructuras urbanas, a través de un vasto conjunto de operaciones de rehabilitación o recomposición urbanística de barrios y áreas que ocupan un lugar estratégico en el espacio metropolitano, ya sea por su valor económico o simbólico. Estas operaciones constituyen una de las principales caras de las políticas que hoy pugnan porque la ciudad se incorpore cada vez más al escenario del sistema-mundo. El conjunto de estos proyectos comenzó a tomar forma a mediados de los 80, y quizá donde mejor se resumen sus intenciones y el modelo de ciudad que contienen es en el llamado *Plan Estratégico Barcelona 2000*, una sofisticada metodología de planificación acordada entre el Ayuntamiento, que ofrece su mediación política, y un amplio entramado de instituciones públicas y privadas y grupos de inte-

reses económicos². En su primera fase, el plan quería consolidar la ciudad de Barcelona como gran metrópolis y, también, consolidar un cierto imaginario colectivo y una escenografía de la ciudad afín a sus movimientos de mundialización. La segunda fase del Plan, aprobada en noviembre de 1994, trata de promocionar Barcelona como ciudad-mercado y acabar de ensamblar la economía de la metrópolis con la economía internacional. Si en este proceso de mundialización de las ciudades europeas, se dice que Estocolmo se ha ido configurando como «la estrella del Norte», Barcelona apuesta fuertemente por ser «la estrella del Sur». Al mismo tiempo, el Plan propone crear un marco de integración social frente a las nuevas marginalidades y disfunciones que sus propios movimientos de mundialización generan en el espacio metropolitano. Para unos y otros objetivos, se contempla movilizar a los «agentes» sociales que actúan en la ciudad.

Ciertamente, en los últimos quince años Barcelona se ha ido convirtiendo en una ciudad de mediación transnacional para extensos espacios regionales, incrementando su protagonismo en la economía internacional, pero también se ha iniciado una notable reestructuración social, generándose nuevos patrones de desigualdad urbana. La ciudad también ha ido descubriendo la presencia de nuevos inmigrantes, como figuras emergentes del mundo poscolonial. Barcelona, como cualquier otra gran metrópolis regional o mundial, no se puede entender en ninguno de sus aspectos –morfológica, demográfica, histórica o sociológicamente– sin los inmigrantes. Como numerosos estudios han señalado, los espacios globalizados, con las industrias de alta tecnología y los mercados laborales que operan en ellos, muestran una tendencia a una mayor desigualdad y vulnerabilidad social. Es en estos escenarios donde más agudamente se produce la sobrevalorización de ciertos componentes del capital o del trabajo altamente cualificado y, al mismo tiempo, la devaluación de extensos segmentos de trabajadores (autóctonos o inmigrantes).

En este artículo no nos ocuparemos de estos nuevos procesos sociales ni de las nuevas o viejas presencias y alteridades que se configuran como actores característicos de los espacios urbanos, sino de determinadas operaciones ideológico-culturales puestas en marcha por la oficialidad local, en las que a la vez que se hace elogio del mestizaje cultural y el cosmopolismo necesario a la metrópolis que se prepara para la nueva modernidad, late continuamente y con mayor profundidad una pre-

ocupación por las nuevas alteridades, temores de nuevas tensiones sociales y tentativas para consolidar un determinado modelo de relaciones sociales. La imbricación estrecha entre operaciones urbanísticas y operaciones culturales, y las voluntades políticas que en ellas se inscriben conformarán, pues, el argumento central que queremos desarrollar en los siguientes apartados, al menos en algunos de sus aspectos.

Metáforas mediante las que vivimos

Teniendo en cuenta este contexto general, el estudio que presentamos es un intento, que debe entenderse provisional y exploratorio, de esclarecer ciertos mecanismos ideológico-culturales que han actuado o actúan en relación estrecha con los procesos de transformación de la ciudad de Barcelona, procesos que tienen consecuencias importantes para unos u otros sectores sociales, aunque de este último aspecto no nos ocuparemos ahora directamente. Dicho resumidamente, en lo que sigue nos preguntamos por los poderes de representación urbana y por lo que está en juego en esos poderes de representación (y que, en la medida en que son efectivos, son también poderes reguladores de las dinámicas urbanas).

Para tratar tales mecanismos ideológicos nos ha parecido conveniente prestar atención al funcionamiento de ciertas metáforas que, en nuestra opinión, ocupan y desempeñan un papel central en la configuración del contexto social en el que se producen desde hace una década y media los procesos urbanísticos de la ciudad. En este sentido, hablaremos de «con-

textos metafóricos», término que tomamos de S. Narotzky (1988), para referirnos a conjuntos de figuras retóricas o tropos que ayudan a formular los discursos urbanos y políticos, y que nos parecen fundamentales para comprender la eficacia con la que han funcionado tales discursos y su aceptación generalizada por parte de la ciudadanía barcelonesa. Estos «contextos metafóricos» son analizados en relación con determinadas transformaciones económicas y socio-políticas más generales.

En la atención que se prestará a estas elaboraciones simbólicas, tomaremos como punto de partida los trabajos de autores procedentes de campos diferentes pero que suponen una perspectiva interesante para aproximarnos al proceso activo de la ideología, como son los de Cl. Geertz, por una parte, y los G. Lakoff y M. Johnson, por otra. Por ello, antes de decir algo más de esos contextos urbanos y metafóricos que constituyen el horizonte de esta indagación, aclararemos las aportaciones de estos autores en las que vamos a apoyarnos, y ello aun a riesgo de extendernos excesivamente.

De Geertz retomamos, como punto de partida, algunas ideas expuestas en su ensayo «La ideología como sistema cultural» (Geertz, 1989), ensayo en el que establece una correlación entre ideología y retórica. La sociología ha abordado desde diferentes perspectivas el estudio de las ideologías. Éstas las podemos esquematizar en tres grandes líneas de trabajo diferentes, pero que no necesariamente son incompatibles entre sí. Sería posible derivar estas tres formas de entender la ideología unas de otras, y derivarlas de diversas formas o en direcciones distintas, como bien muestra P.

Ricoeur (1989) en su largo análisis del concepto de ideología, cuya clasificación seguiremos de cerca en este apartado.

Para una de estas líneas la ideología es entendida como «deformación»: desde Marx a Lukács, la Escuela de Frankfurt, Mannheim, Althusser, entre otros, las ideologías aparecen como procesos de deformación, inversión, disimulo, enmascaramiento..., como contrafigura de la ciencia unas veces, de la realidad o de la consciencia otras, o como la relación imaginaria de los sujetos con sus condiciones reales de existencia. En cualquier caso, la ideología es aquí claramente objeto de sospecha.

Una segunda perspectiva entiende la ideología como «integración» y preservación de la identidad (E. Erikson, o el mismo Geertz, por ejemplo). Lo que da origen a la actividad ideológica sería una pérdida de orientación o una amenaza, real o potencial, de falta de identidad. Según Geertz, es el esfuerzo por dar sentido a situaciones incomprensibles y por hacer posible obrar con significación dentro de ellas «lo que explica la naturaleza en alto grado figurada de las ideologías y la intensidad con que, una vez aceptadas, se las sostiene» (Geertz, 1989: 192).

La tercera perspectiva nos ayuda a determinar el lazo que une el concepto político de ideología, entendida como deformación del pensamiento, y el concepto neutro de código que asegura la integración de una comunidad, que se encuentra en Geertz. Ese punto crítico que permite la conexión entre ambas perspectivas lo encontramos allí donde el orden social plantea el problema de la legitimación. Su

análisis lo encontramos en Weber y en Habermas, principalmente. Estos tres planteamientos, pues, no necesariamente se repelen, se desplazan o anulan unos a otros. Si encontramos en marcha un proyecto más o menos intenso de integración, podemos suponer la existencia de conflictos –de clase o de cualquier otra naturaleza– y de problemas de legitimación.

Del análisis de Geertz lo que especialmente nos interesa ahora es su afirmación de que la mayoría de las sociologías, marxistas o no, han prestado atención a los factores determinantes de la ideología, a lo que la causa o promueve. Pero lo que estos sociólogos no se preguntan es cómo opera la ideología. No se preguntan cómo, por ejemplo, las ideologías transforman el sentimiento en significación, cómo un interés social pueda ser «expresado» en un pensamiento, convertido en una imagen, en un símbolo. Considera Geertz que las otras teorías pasan por alto el proceso cultural de la formulación simbólica. Para afrontar esta cuestión es importante fijar nuestra atención en esa *naturaleza figurada* que tienen en gran medida las ideologías. Geertz considera que la cuestión de la función, es decir, la manera en que realmente opera, por ejemplo, una deformación es en última instancia la cuestión más importante.

Para el análisis de la ideología, concebida como integración o conservación de la identidad, Geertz propone introducir el marco conceptual de la retórica en la sociología de la cultura, esto es, transferir algunos de los importantes puntos de vista logrados en el campo de la crítica literaria al campo de la cultura, al ámbi-

to de la acción y la retórica social. Se trataría de poner mayor énfasis en la descripción de los procesos sociales mediante tropos –figuras estilísticas– que mediante rótulos. Geertz advierte que si no dominamos la retórica del discurso público, no podemos articular el poder expresivo y la fuerza retórica de los símbolos sociales.

Es esta correlación entre ideología y retórica la que ahora particularmente nos interesa, el hecho de que Geertz sugiere abordar el concepto de ideología mediante los instrumentos de la moderna semiótica, pero sin que esto lleve a intentar un análisis semiológico en su sentido más amplio y general, sino a llamar la atención sobre aquella parte que se ocupa de los recursos retóricos del discurso, las figuras del pensamiento y la comunicación, esto es, la *tropología* (metáforas, metonimias, sinécdoques, analogías, personalizaciones...), esos elementos de estilo que operan en lo social al igual que en el texto literario (Geertz, 1989: 183; Ricoeur, 1989). Aunque Geertz pone énfasis en el simbolismo lingüístico, específicamente en las figuras del pensamiento, no desvaloriza otros recursos lingüísticos y no lingüísticos. Para lo que aquí nos ocupa, incluiremos también ciertos esfuerzos por semiologizar los espacios urbanos a través de una retórica arquitectónica y espacial.

También para Lakoff y Johnson (1991), las ideologías políticas y económicas tienen marcos metafóricos. Vayamos por pasos. Para estos autores existen ciertos conceptos que funcionan como metáforas que modelan y estructuran lo que percibimos, la interpretación o evaluación subjetiva de las situaciones, y tam-

bién la realización de las actividades humanas, esto es, modelan lo que hacemos. Si habitualmente, en la teoría clásica de la metáfora se ha considerado que ésta era simple ademán retórico o un mero recurso de la imaginación poética, estos autores, en cambio, sostienen que «la metáfora es primariamente una cuestión de pensamiento y acción, y sólo derivadamente una cuestión de lenguaje» (Lakoff-Johnson, 1991: 195); llegan, pues, a la conclusión de que esas simbolizaciones, que pueden presentarse en la forma de inmensas redes de metáforas —ya sean cotidianas, cultas, estéticas, científicas...—, se hacen presentes no solamente en el lenguaje, sino en el pensamiento y la acción, impregnando la vida diaria.

La metáfora, entendida como trasiego de palabras y como desviación semántica, permite trasladarse a otro dominio para mejor entender lo que resulta difícil pensar de otra manera. En este sentido, la metáfora une la razón y la imaginación, de manera que se cuenta entre nuestros principales instrumentos de búsqueda de «respuestas» que hagan comprensible aquello que no lo es de otra manera. Como tales vehículos de comprensión, «desempeñan un papel central en la construcción de la realidad social y política» (Lakoff-Johnson, 1991: 201).

Seguramente, la capacidad de atracción de una ideología como de una teoría científica «tiene que ver con el acierto con que sus metáforas se ajusten a la experiencia personal» (Lakoff-Johnson, 1991: 56). En casi todos los casos, son las actividades experiencialmente próximas a los sujetos, las extraídas de su universo cercano de acción, las que se convierten en metaforizaciones de concepciones más abs-

tractas, las que dan forma a lo que se presenta poco delineado pero que necesita darse una estructura, aquello que reclama un orden. Los tropos ayudan a reducir la escala de abstracción de ciertos pensamientos o realidades áridas. Podemos considerar, pues, que esas imágenes y vocabularios figurados, que a su vez interaccionan unas con otras, son eslabones críticos entre la experiencia cotidiana y los sistemas ideológicos, en el control de pensamientos y acciones.

La metáfora oculta tanto como traduce. Es decir, las metáforas ratifican o bien modifican el sistema conceptual ordinario de nuestra cultura, pero en cualquier caso siempre tratan de proporcionar una estructura coherente, y para ello destacan algunas cosas y ocultan otras, resaltan ciertas experiencias y nos permiten concentrarnos en un aspecto, mientras que desfocalizan otros y suprimen todavía otros más, y en la medida en que logran ese doble juego de revelación y ocultación, las metáforas pueden adquirir el status de una verdad o una *evidencia*, momento en el que la metáfora puede ser apropiada para sancionar acciones o para servir de guía para la acción futura, ayudando a establecer fines.

Como recuerda Geertz (1989: 185), en la metáfora «tenemos una estratificación de significaciones, en la cual una incongruencia de sentido en un nivel produce una afluencia de significaciones en otro (...). Suele ser más efectiva cuanto más “falsa” es. Cuando está lograda, una metáfora transforma una falsa identidad (...) en una analogía pertinente». Y añade que la ideología, con su estilo adornado y vívido, orienta hacia las situaciones que ella

misma nombra de manera tal que no es una actitud desinteresada la que asumimos frente a ellas, es una actitud de *participación*: la ideología trata de motivar acción. Nos parece, pues, crucial entender que una de las vías de penetración de las formas ideológicas en el lenguaje y en la acción es a través de las elaboraciones metafóricas. Las ideologías se presentan frecuentemente como unas determinadas formas de organización y confusión de dominios.

La ciudad narrada

48

Partiendo, pues, de este tipo de análisis, proponemos esclarecer algunos mecanismos ideológicos que han operado y operan en conexión con los recientes procesos que se producen en una ciudad que está cambiando profundamente sus estructuras urbanas y sociales. Queremos hacer referencia especialmente a tres «contextos metafóricos» que, en nuestra opinión, han servido de cobertura simbólica y narración de esos procesos. En síntesis, los contextos metafóricos a los que nos referiremos son los que tienen que ver con el llamado «reencuentro de Barcelona con el mar», con «la ciudad olímpica», y con el proyectado «Forum Universal de las Culturas».

Aquí no podremos ocuparnos de los detalles que requiere un análisis como el que proponemos, pero intentaremos trazar por lo menos sus líneas generales y vislumbrar el funcionamiento y los efectos de estas formas de actividad metafórica. Cada uno de estos contextos tiene sus predicaciones particulares, pero consideramos que todos ellos conforman un sus-

trato coherente sobre el que se apoya la transformación de la ciudad. Creemos que se puede hablar de ellos como de *conjuntos consistentes y fluidos de metáforas*, de léxicos figurados en los que se va elaborando en buena medida el lenguaje de la ciudad y sus diferentes lecturas. Léxicos y lecturas que, claro está, generan una red de implicaciones. Así, por ejemplo, las metáforas olímpicas no eran sólo una manera de ver y narrar la ciudad, sino que otorgaron licencia para iniciar una recomposición urbanística y social de buena parte de ella.

En estas tres metaforizaciones encontramos la búsqueda de un nuevo marco simbólico que permita formular un nuevo orden urbano, un marco dentro del cual se pueda dar forma y significación al paso de la *ciudad fordista* a la emergente *ciudad posfordista*. Podríamos hablar de ellas como de ideas-fuerza, impulsoras o activadoras de estos procesos. Sus vocabularios e imágenes hacen inteligibles y fácilmente identificables (legibles sobre el texto urbano) los rápidos cambios, formulan un estado de ánimo colectivo y, al formularlo, lo movilizan para convertirlo en un «hecho social». Estas simbolizaciones tienen, en este contexto social y urbano, el papel específico de generadoras de sentido y productoras de solidaridades, del vínculo social. En la medida en que lo han conseguido, estas metaforizaciones han ido encontrando una cálida respuesta en buena parte de la ciudadanía, descargando a los poderes locales de la compulsión más directa que de otra manera sería necesaria para llevar a cabo los procesos de reestructuración urbana.

Apoyándonos parcialmente en la llamada «escuela de la regulación», podemos considerar

que cualquier régimen económico del capitalismo tiene su propio régimen de regulación. Éste se ejerce, fundamentalmente, a través de la acción del Estado y de las instituciones públicas y privadas, en sus formas de actividad más visibles, aunque podemos considerar también la regulación a través de mecanismos menos visibles o inmediatos. Cada modo de regulación requiere unas formas de gobernabilidad, produce un tipo de sujeto social y un sentido de la identidad específico.

Hoy podemos considerar que en las últimas dos décadas se ha consolidado un cambio en las condiciones de valorización del capital. Este proceso, iniciado en forma de una mayor *extraterritorialidad* del capital y de la producción en la búsqueda de una gran *flexibilidad* respecto de los procesos de trabajo, mercados laborales, productos y pautas de consumo, ha generado una creciente diversidad en las condiciones sociales de la producción y de la reproducción de la fuerza de trabajo, acentuando las tendencias hacia una mayor desigualdad social e impulsando los procesos ideológicos que facilitan la segmentación y disolución de las clases trabajadoras. En el marco de la ciudad, estos procesos se han traducido en un intenso período de refuncionalización y reapropiación del espacio urbano por parte del capital³.

Las simbolizaciones, en forma de metaforizaciones, referidas anteriormente, responden a la necesidad de un reforzamiento de las formas de dominio ideológico-cultural, se insertan con un papel activo en los «modos de regulación» social y política propios de las modalidades de acumulación flexible y de nueva ur-

banización del capital. En suma, creemos que siguiendo estos entramados discursivos, siguiendo la pista de estos códigos y léxicos figurados que se inscriben en el territorio urbano, podemos hacer una lectura de cómo se define y determina hoy la ciudad y qué tipo de ciudadano produce.

Consideraremos, pues, que en esos contextos metafóricos se fragua el dominio simbólico que ha permitido hacer aceptable para el conjunto de los ciudadanos la actual recomposición de la ciudad, de manera que a la vez que efectúan la identificación entre nueva metrópolis y «modernidad», cumplen tareas de integración social y de ordenación simbólica del espacio. Cada uno de ellos despliega un campo semántico específico, aunque unos y otros contribuyen a la creación de sentido y a la escenificación de la ciudad como una «comunidad». La «ciudad olímpica» nos acerca al nuevo sujeto social demandado por esos modelos de acumulación y regulación del capitalismo. La «ciudad marítima» produce buena parte de las imágenes ideales con las que se autorrepresenta y proyecta la nueva ciudad posfordista como *ciudad de calidad*⁴. La «ciudad cultural» descubre la *cultura* como un factor estratégico ypreciado para las operaciones urbanísticas aún pendientes y va trazando un universo discursivo apoyado en la activación e instrumentación del solidarismo, por un lado, y en una ideología de *ecumenismo* cultural, por el otro, como modelos de relación en el nuevo marco de la ciudad. La revalorización de la cultura no apunta tanto a una reflexión sólida sobre los retos sociales que plantean las nuevas presencias y actores de la ciudad, como a desa-

rollar una iconografía oficial del multiculturalismo, explorando su posible aportación a nuevas formas de gobernabilidad de las tensiones y alteridades que genera la urbe.

Detengámonos un momento en esta última cuestión. En su nuevo contexto, la ciudad ya no se presenta como máquina de producción de objetos y servicios, sino de producción de *acontecimientos*. Veremos más adelante la importancia que tuvieron y tienen los Juegos Olímpicos para la narrativa de la ciudad, pero también hoy lo podemos constatar en lo que se quiere que sea el nuevo gran acontecimiento de entrada en el próximo milenio y que va tomando forma en torno al denominado «Forum Universal de las Culturas», previsto para el año 2004. Tal como se ha dado a conocer hasta ahora, los dos objetivos del «Forum» serían 1) la afirmación del valor que la diversidad cultural tiene en nuestro mundo, y 2) fomentar las culturas de la paz y la tolerancia.

En este tipo de operaciones, la noción de «cultura» se torna extraordinariamente polisémica y maleable. El término se abre a un campo semántico a dos niveles. Uno, digámoslo así, apunta «hacia adentro», a escala local, proyectado hacia el orden urbano que se considera deseable para la metrópolis flexibilizada, moldeable, plástica: si la ideología del taylorismo estaba correlacionada con la del «melting-pot», el correlato discursivo apropiado para el posfordismo urbano sería el de la «diversidad cultural», interpretada en términos de multiculturalismo y eclecticismo. La «cultura» es un término que parece prestarse bien al desarrollo de las nuevas formas de gestión necesarias para la consolidación de un tipo de capitalismo

multicultural (basado en la promoción de lo exótico, la pluralización de los mercados y los consumidores, pero también en una producción más diversificada y la creación de una fuerza de trabajo digámosle «multicultural»). El otro nivel apunta más «hacia afuera», de manera que la «ciudad cultural» pretende enlazar con una de las supuestas dimensiones de la *mediterraneidad* reivindicada insistentemente: «foro» de culturas, mar de encuentro de civilizaciones, etc., alimentando el imaginario cosmopolita de la ciudad necesario para su proyección internacional.

Como hemos indicado, cada uno de estos discursos y «acontecimientos» han acompañado y acompañan las principales operaciones de transformación urbana y social de la ciudad de Barcelona, y una vez realizadas sirven de soporte simbólico de los nuevos espacios. Es conocida la preferencia de las industrias culturales y de las políticas culturales por las partes viejas de la ciudad. En nuestro caso, ilustraremos más adelante el papel que han desempeñado en relación con la remodelación, no del «centro histórico», sino de algunas áreas del levante marítimo de la ciudad, específicamente de una parte del barrio del Poblenou en la cual se ha edificado el barrio de Nueva Icaria.

Pero antes queremos introducir otro aspecto importante. Esas transformaciones urbanas pueden ser consideradas como un ámbito significativo para el análisis de las interrelaciones y/o conflictos entre identidades globales y locales en Cataluña. Más específicamente, nos interesa señalar que junto con estas transformaciones se detecta una producción de tradiciones comunitarias en forma de acentuación

o redefinición de las *identidades de barrio*, y que éstas se enmarcan en la fragmentación de lo urbano como forma de dominio de la ciudad. Apuntaremos, pues, algunos elementos provisionales de reflexión que nos parecen necesarios para un análisis de esta producción de identidades urbanas, así como la interrelación con otros niveles de identidad intensamente presentes en Cataluña como son la *identidad nacional* y la idea de *ciudad*.

La inserción de Barcelona en la mundialización de las grandes metrópolis repercute en forma de procesos de refuncionalización de espacios, de fragmentación de la urbe y de los actores sociales que actuaban en su ámbito. Vinculado a estos procesos se ha producido un cambio metodológico en la concepción del urbanismo que ha descalificado al «plan» urbano a favor del «proyecto» arquitectónico y de una planificación estratégica y gerencial. Desde nuestro punto de vista, se está produciendo una combinación de centralización y fragmentación en la gestión política de la ciudad requerida por el nuevo contexto urbano. Sería necesario analizar en otro momento la complementariedad entre dos escalas socio-espaciales diferentes, la local y la global, cómo ambas se retroalimentan y mantienen un elevado grado de simbiosis. En cierta manera, se espera que dentro de la nueva metrópolis, estos varios niveles de identidad y tradición —local, nacional, transnacional— puedan encontrar un *modus vivendi*. En nuestra opinión, el juego complejo, en una articulación frecuentemente imperfecta, de estas tres identidades no hace sino trasladar al campo simbólico la heterogeneidad de prácticas (económicas y

políticas) y formas de control en el capitalismo flexible y «multicultural», dando lugar a lo que Roca (1994) llama «las políticas de fragmentación cultural».

La representación del lugar significa en buena medida producir o transformar los sujetos locales. En este sentido, la fragmentación de la socialización del trabajo y la desestructuración de las identidades histórica y localmente constituidas, comportan un riesgo de debilitamiento de la integración social que se pretende compensar con una *tecnología identitaria* y cultural de promoción de débiles identificaciones comunitarias microterritoriales, especialmente en forma de espacios «con identidad propia». Estas identidades territoriales restringidas deben entenderse como un contrapeso a la transnacionalización de la metrópolis. La apelación a la *cultura* se descubre aquí de gran utilidad. En sus usos se puede detectar una búsqueda de mecanismos de cohesión comunitaria y de consensos locales como vínculos alternativos a sociabilidades hoy declinantes. Plasmándose sobre el territorio urbano, esto ha dado lugar a una promoción de los particularismos locales o de barrio (de carácter esencialmente historicista), a su singularización como espacios por la vía de su monumentalización y tratamiento estético. Esta apelación a la cultura y a las identidades alimenta una proliferación de actividades (de tipo «cultural», «cívico», claro está), generalmente promovidas desde alguna instancia institucional, con el objetivo de amenizar la vida de los barrios y, lo que es más decisivo, de *animar* a una determinada forma de motivación y *participación ciudadana*. Participación que se

vuelve un requisito de las nuevas formas de gobernabilidad de la ciudad que tratan de minimizar el conflicto potencial o real. Al mismo tiempo, es en esta escala, la de los viejos y nuevos localismos, en la que sí se abre la posibilidad de pequeñas reivindicaciones locales. Estos ámbitos microterritoriales, de fragmentación sociocultural, son en los que se fomentan y combinan las formas de nuevo solidarismo con las políticas de dinamización cultural específicas⁵. En definitiva, la acción de la municipalidad se orienta a (y se dispersa en) la ocupación de los espacios, de manera que no puedan modelarse o regularse por su cuenta. Esta búsqueda de las identidades a nivel local o micro-local, búsqueda que está en correspondencia con el proceso de fragmentación social, queda estrechamente asociada a la consolidación del orden urbano y la regulación de las contradicciones sociales.

52

Si nos detenemos brevemente en el proyectado «Forum de las Culturas», comprobamos cómo también este futuro suceso, ajustado al modelo del *acontecimiento*, ahora de tipo cultural, está estrechamente ligado a la gestión de importantes operaciones de transformación urbanística, en este caso a la remodelación del extremo oriental del Poblenou (barrio de carácter obrero e industrial), de la ribera baja del Besòs y de los barrios de La Mina y La Pau (barrios populares formados a partir de aportes migratorios más recientes), sectores fundamentales para completar la reapropiación del litoral urbano barcelonés (el «Forum» tendría su sede estelar en una península que se proyecta construir sobre el mar, enfrente de la desembocadura del hoy agónico río Besòs). En este tercer contexto

simbólico del «Forum», la *cultura* se aparece en su capacidad de absorción de conflictos. La retórica de la cultura sirve, por un lado, de contrapunto compensatorio de las metáforas olímpicas y deportivas más afines a la desregulación y fragmentación económica y social de la ciudad; por otro lado y mostrando su calidad redentora, la *cultura* se despliega para concitar el consenso de la ciudadanía, arrojando en términos de progreso y *cualificación* urbana y social las intervenciones sobre un sector y una población suburbial conceptualizados como *obstáculo* no reconvertible⁶. Este nuevo proceso de transformación, sumido hasta el momento en la opacidad y el silencio, requiere una urgente investigación que describa y analice los graves efectos que presumiblemente tendrá sobre estos barrios y sobre el porvenir que se le reserva a sus actuales moradores.

La noción de «barrio», cada vez más delimitada en estrictos términos territoriales y ecológico-culturales, tiene aquí un papel importante, con usos diversos y contradictorios, incardinada sobre todo a los discursos que se generan sobre la «ciudad», aunque también es utilizada vinculada a los discursos sobre la «nación» del nacionalismo conservador (en este sentido, es expresivo el lema «*Fem barri, fem país*», utilizado por ADIGSA y el Departament de Benestar Social; J. Roca llama también la atención sobre el lema «*Catalunya barri a barri*» que sirve de cabecera a una de las revistas de difusión general de la administración autonómica; señalemos de pasada que algunos han considerado el barrio de Nueva Icaria, del que nos ocuparemos más adelante, como una expresión de la «nueva catalanidad»).

Si lo «local» y lo «global» parecen encontrar acomodo en el discurso y la gestión urbana, parece más problemático el nivel «intermedio» de la identidad nacional. Desde los dos poderes políticos dominantes, el municipal y el autonómico, se mantiene más bien una dinámica competitiva por hacer prevalecer uno u otro de sus ámbitos de operación, la «ciudad» o el «país». Si el nacionalismo oficial propagó la consigna de *«fer pais»*, la municipalidad hace una constante apelación cívica a *«fer ciutat»*⁷. Evidentemente, no se trata sólo de opciones identitarias diferentes, sino que en ellas se expresa también el impulso de modelos y discursos de vertebración territorial y de desarrollo económico con acentos distintos, con diferentes estrategias de alianza con otros territorios europeos.

La estrategia de la Generalitat catalana, con una concepción regional del territorio como espacio productivo global, se orienta a la atracción de complejos industriales multinacionales, dirigidos a la exportación, al tiempo que se esfuerza por establecer relaciones exteriores que consoliden la vinculación a un conjunto dinámico de regiones europeas formado por Baden-Wurtemberg, Roine-Alps y Lombardía y, más recientemente, a través de la «Euroregión» constituida con la Cataluña Norte y la Occitania central.

Desde la municipalidad de Barcelona, con una concepción reticular del territorio, se intenta, prioritariamente, promover y liderar una red internacional de ciudades como las verdaderas protagonistas de un polo de fuerte crecimiento económico en el Mediterráneo Nor-occidental, ciudades que conformarían lo que se ha

dado en llamar la «macrorregión de Barcelona» –Barcelona, Montpellier, Toulouse, Zaragoza, Valencia y Palma de Mallorca– considerada como su mercado natural. Las medidas que se toman apuntan al fortalecimiento de la cohesión territorial de esta macrorregión⁸. En buena medida, pues, la estrategia y los discursos del Ayuntamiento se dirigen a la atracción de unidades direccionales más que productivas, decantándose hacia un proyecto de metrópolis terciaria, como plataforma distribuidora y de gestión, vertebrando así un extenso territorio regional, más que hacia una ciudad tecnológica e industrialmente avanzada.

El nivel intermedio de las identidades presentes en la ciudad, el de la identidad nacional catalana, se presenta como complementario en algunos aspectos pero a veces aparece mal articulado, cuando no en competencia con los otros. Queda pendiente, creemos, un análisis preciso del encaje y contradicciones de este triple juego de identidades, esto es, de los proyectos de autogobierno nacional de la actual administración política catalana, que se suele autopresentar como «gobierno de Estado», y del proyecto de hacer de Barcelona una gran metrópolis regional, con una identidad metropolitana que, combinando complejamente las referencias locales y globales, parece querer enmarcarse más en el orden de una identidad «posnacional».

Cerrando estos apuntes sobre algunos niveles de identidades en Barcelona, no podemos dejar de observar que, si nos atenemos a las operaciones urbanísticas y a las operaciones culturales propugnadas por los poderes municipales, se constata una paradójica dinámica

en la que a la vez que se favorecen los particularismos microterritoriales, se colabora en un proceso contundente de deshistorización del espacio y del *lugar* urbano, como veremos en el siguiente apartado, provocando la devaluación de la memoria colectiva de la ciudad, conformada en buena parte por la historia de las clases trabajadoras y de las sucesivas migraciones que han llegado y se han ido instalando en Barcelona a lo largo del siglo. Nos ocuparemos, pues, a continuación y con más detalle de una de las operaciones urbanísticas en la que podemos encontrar en juego todos los elementos que hemos ido apuntando hasta el momento, esto es, una correlación entre renovación urbana y «contextos metafóricos». Nos referimos a la creación de la *Vila Olímpica* en un sector del Poblenou, posteriormente rebautizada como *Nueva Icaria*.

54

Viejas y nuevas Icarías. Del estigma al emblema

«Hi he anat a caçar grills, dialogar amb la lluna, compartir els secrets d'agües residuals d'unes fàbriques que a vegades s'engegaven a treballar de nit amb tots els llums encesos, a semblança de fantasmals trasatlàntic que feien, en la meua imaginació, la travesia de la nit. També el meu Poblenou era el de les colles d'obriers matinals que pasaven, que lliscaven pels carrers, en silenci, vestits amb brusa blava, gorra enfonsada fins al nas, i carmanyola. Els de les lluites sindicals que jo només entenia, sobretot, en la manera que tenia alguns dies el pare de callar i de perdre la gana (...). El Poblenou, en lloc de créixer a redos del temple parroquial com en l'edat mitjana, crei-

xia arrapat a les fàbriques (...) Teniem fàbriques. Moltes fàbriques que engegaven quan encara feia nit i plegaven Deu sap quan, fins que van arribar els del sindicat i van posar els relloctjes a l'hora».

Esa Barcelona industrial y obrera, de la que el novelista Xavier Benguerel, que nació en el barrio de Poblenou, en 1905, ha hecho la crónica de algunos de sus momentos más intensos, ha estado sometida, y enfrentada, a los tiempos caprichosos, cambiantes de la industria. El Poblenou ha ocupado el centro de esta historia industrial desde su origen a mediados del siglo XIX. Nació y creció con la industria, se transformó según sus ritmos desiguales. Luego los planes cambiaron y sobre el Poblenou se dibujaron nuevos proyectos que, en los últimos años, parecen abocarlo a la transformación más radical en lo que va de siglo.

Lo podemos ver en el sector del barrio al que se llamó Icaria y que desde la década de 1960 permanecía expectante, progresivamente abandonado por los industriales y las administraciones, sobre todo desde que se concibe el Plan de la Ribera en 1965, proyecto que señala «el primer intento español de gran inversión capitalista en el remodelaje urbano». Su desindustrialización recibió un impulso definitivo con su elección como una de las *áreas olímpicas*. Desde entonces, este trozo del Poblenou fue definido cada vez más como un espacio *vacío* (social y urbanísticamente). En el esfuerzo por despejar ese trozo de la ciudad, se ha actuado sobre él como sobre un *desierto* urbano, como un espacio de desechos y desechable. J. Martorell, uno de los arquitectos y directores del proyecto de remodelación del frente

marítimo, afirmará: «...antes de la operación olímpica, el paseo Carlos I (...) era un aparcamiento de camiones y depósito de jeringuillas usadas (...) y Carlos I tenía que ser una calle importante y digna, la más importante como enlace de la ciudad alta y el mar».

Considerado como un desierto inerte, o sólo un arrabal interior de naves fabriles, de viviendas deterioradas o de barracas alineadas en un costado de la tapia del Cementerio del Este, como una úlcera abierta en la piel urbana, se podía expropiar, derruir y cavar, las niveladoras podían hacer tabla rasa con lo existente y con los que por allí moraban, para luego levantar una arquitectura y un urbanismo que han querido estar libres de condiciones de la ciudad heredada.

Como paso previo a una fuerte recualificación que liberara espacios a la especulación se requería una intensa descualificación simbólica. (Este trabajo simbólico requeriría un análisis detallado de la arquitectura y el urbanismo como ideología, de la importancia y la autonomía que la ideología urbanística adquiere en la configuración de los nuevos procesos urbanos.) Así, antes de ser una «zona de libertad» sobre la que poder intervenir, la vieja Icaria será construida como territorio estigmatizado, inerte, ocultándose la colonización de clase del espacio en términos de regeneración, de salud, en donde confluyen discursos higienistas y metáforas médicas («abrirlo a las benéficas brisas marítimas», abrir «pulmones», «aírear», «esponjar» y «rejuvenecer» el espacio, hacer «trasplantes» o «inyectar transfusiones» que «revitalicen», eliminar la «peligrosidad social») con metáforas propias de la industria

(«reciclaje» o «reconversión» de los territorios —ante todo, reconversión de la *imagen*—). Todas estas metáforas se reúnen en una constante imaginación orgánica de la ciudad en su conjunto, para la cual la ciudad puede ser un «cuerpo enfermizo» afectado de «degeneración» o un ser vivo inducido a una «re-generación».

Este trabajo de desvalorización, de desequipamiento y abandono a la ruinosidad de éste y otros sectores del Poblenou es la continuación de la estrategia desplegada, en los años 60 y primeros 70, por el mencionado Plan de la Ribera (que para disimular las intenciones macroespeculadoras, ya entonces argumentó «que la mayor parte de las viviendas reunían pocas condiciones de habitabilidad») ⁹. En ésta como en otras operaciones urbanísticas llevadas a cabo en los últimos años en la ciudad, hallamos una producción de imágenes y retóricas en la que «calidad» actúa como término clave y polisémico, útil, por un lado, como un factor diferenciador que debe servir de contrafigura de la *masificación* y condiciones de vida de las zonas obreras, y, por otro lado, como un mecanismo de control social del territorio, que con mayor o menor celeridad debe producir una purificación (ambiental y social).

Encontramos también otras razones fundamentales que legitimaron la no conservación de lo existente ni de los que allí vivían: una concepción según la cual «el urbanismo comienza por la red de comunicación», por las infraestructuras, y eso significaba que «el remodelaje del subsuelo para las acciones implícadas no se podía realizar sin poner en cuestión el suelo» mismo. A ello se suma el propó-

sito de restablecer o extender la cuadrícula y la red viaria característica del Plan de ensanche de Cerdà. Finalmente, el factor tiempo: la fecha límite del que debía ser el gran acontecimiento de la nueva Barcelona, los Juegos Olímpicos (julio de 1992)¹⁰, era la coartada que frenó la innovación y el debate social posible, pues —se argumentó— los gestores requerían un plan claro, operativo, que se resumiera en reglas inmediatamente aplicables: lo operativo ocultó el proyecto y la voluntad política que se afirmaba, sin debate, detrás de estas intervenciones.

«*Mai s'ha viscut així a Barcelona*»

56 Lo que fue primero marisma residual y tierra labrantía, luego área de expansión de la urbe hacia el llano, lo que se consideró como «*Obrador de Barcelona*», un Pueblo Nuevo del que Francesc Cambó, en una arenga en el Ateneu Regionalista dijo aquello de que se estaba convirtiendo en el «Manchester catalán» por tantísimas fábricas grandes y pequeñas, construidas según el modelo británico de fábrica de pisos y entremezcladas con la vivienda obrera, pero también un *Pueblo Nuevo* en pugna con las brumas de la ciudad fabril, donde los sueños proletarios urdían icarias, visiones y esquemas de un mundo mejor en los preludios de las revoluciones del 1848, era ahora un margen obsoleto, depauperado, un paisaje industrial ruinoso y vulgar, un submundo urbano refugio de marginalidades, que debía inmolarse sin contemplaciones para servir a la producción de nuevo espacio urbano en forma de *barrio marítimo* de la nueva Barcelona de fin de siglo.

Este y otros trabajos sobre el espacio de la ciudad tienen por objeto (además de la especulación posible) ofrecer Barcelona a las clases acomodadas y ascendentes, en especial aquellas más permeables al proceso de internacionalización. Estas clases, a su vez, con su presencia, deben colaborar a hacer de estos espacios nudos generadores de actividad. Para ellas se ha hecho y se hace la puesta en valor de la ciudad.

De manera que si bien se anunció esta Nueva Icaria como el intento de «crear un barrio de clase media que recogiera las características del Ensanche, con la tradicional mezcla de gentes, viviendas, comercio y oficinas» y con promesas de dedicar una parte de los pisos construidos a viviendas de promoción social, los resultados son muy diferentes. La Vila Olímpica desencadena unos procesos de transformación urbana cualificada en el litoral que está dando lugar a otro modelo de implantación residencial en todo el área, levantando un *nuevo barrio marítimo* cotizado, solvente, donde se mezcla la vivienda de alto *standing* con la oferta selectiva de ocio. El objetivo de esta colonización urbana de clase es la implantación de una clase social emergente (hombres de negocios, profesionales liberales, altos administrativos y directivos, profesores e *intelligentsia urbana*, etc.) que dinamicen la «vida ciudadana» del sector a través de sus estilos de vida y su nivel de consumo, configurando socialmente esa ciudad posindustrial acorde con el nuevo imaginario urbano.

La cuña que introduce la Vila Olímpica repercute, además, sobre todo el área colindante como operación estratégica. De manera que la

implantación residencial de la nueva *Vila* y la dedicación al terciario de su línea de playa, constituyen sólo una de las varias vertientes de acción sobre el área, las cuales deberán culminar con la reconstrucción de la malla regular e isotrópica del Plan Cerdà en el extremo más al Este del Poblenou, con la idea de desarrollar un gran centro de actividades terciarias avanzadas y «construir un Ensanche nuevo (...) que constituya la reserva residencial más emblemática de la ciudad», tal como se anuncia en los proyectos de la municipalidad¹¹. La envergadura de esta próxima operación, ahora sin contar con pretextos olímpicos activadores del consenso, hace prever posibles fisuras y oposiciones que se resuelvan en una mayor conflictividad social. Por ello, como en operaciones anteriores, se recurre a la estrategia del *inmediatismo*: explícitamente se afirma que «las tensiones que originan los proyectos que afectan a la periferia del entorno de este sector obligan a su *realización en un plazo inmediato*». Con esta operación, que sigue el modelo del llamado «urbanismo concertado», es decir, sustentado por un compromiso estrecho entre las estructuras de iniciativa privada —confluyendo sectores del capital financiero, inmobiliario y de la construcción— y las agencias estatales, representando los postulados del nuevo «capitalismo asistido», se inicia una transformación decisiva que trata de reorientar el crecimiento de la ciudad: tras de décadas de desarrollo hacia el Oeste, se pretende no sólo «*abrir la ciudad al mar*», sino orientarla en su crecimiento hacia una vasta extensión hacia el Este¹².

El urbanismo llamado «metastásico» —las técnicas de la producción del espacio urbano que

se definieron en términos de acciones puntuales y de «reconstrucción», y que debían tener un efecto difusor de su regeneración—, una vez que cambia su escala de intervención a otra mayor, a partir de los últimos años de la década de los 80, se revela como un planeamiento agresivo que propugnará una amplia y contundente operación de *tabula rasa* de una parte del barrio del Poblenou. La pérdida de la arqueología industrial, que incluía edificios de valor histórico-arquitectónico, es total, pero los gestores del proyecto tenían una concepción muy particular de lo que son los *lugares de la memoria* para la ciudad y las gentes, considerando que en lo esencial fueron salvados por cuanto fueron «inventariados»: se repitió entonces que antes «de los derribos se desarrolló un trabajo testimonial (...) sobre la realidad existente hasta el momento»; es decir, lo que fue derruido, previamente fue catalogado, dibujado, fotografiado, archivado. De los trabajos de derribo iniciados en 1987, el único elemento que se ha amnistiado de la arqueología industrial de la ciudad, con una superficialidad revivalista, es la chimenea de la fábrica Folch, construida en 1882. Pero esta y otras chimeneas esparcidas por la ciudad ya no pueden ser arqueologías o lugares de la memoria, en ellas no resuena la memoria de la ciudad industrial opresiva, la Barcelona asediada, la ciudad del trabajo a la que X. Benguerel se refiere en sus palabras antes citadas. Más bien parecen poner de manifiesto lo que estos nuevos espacios no son, signos de lo que la ciudad *ya no es*. Ellas son una permanencia ornamental al servicio de la nueva escenografía urbana, a través de la cual los barceloneses se encuentran confrontados con una imagen ideal de sí

mismos, la imaginación de una nueva ciudad postindustrial que se pretende limpia, sin humos, saneada, como si hubiese sido liberada de los maltratos del maquinismo. Lo que verdaderamente parecen significar e informar es de la pugna por una *calidad de vida*, eufemismo de la cultura de un capitalismo «adelantado», de una metrópolis terciaria de nuevo crecimiento y nuevo consumo.

En la Nueva Icaria, la Chimenea de Can Folch, hoy mera imagen recortada y disminuida a los pies de las dos modernas torres totémicas y soberanas del Complejo Marina (el Hotel Arts y la Torre Mapfre), es conservada más por un gusto paisajístico hacia ciertas reliquias. Su presencia solitaria en una plaza deprimida, suspendida en el tiempo, acotada por un fondo de viviendas y de silencio del nuevo barrio, tiene que ver con una nueva identidad construida con negaciones y ausencias, con silencios. Su imagen no informa de los vínculos con el pasado, sino de lo que los nuevos habitantes *no son*. Colabora, así, a una arquitectura del olvido necesaria para un barrio nuevo con pretensiones de alto *standing*: la topografía industrial dura, gris, en la que no hace mucho se vivía y trabajaba, hoy alberga una nueva clase social emergente en un paisaje blando para unas miradas blandas, ha dado paso a una ciudad de *calidad*, de «equipamientos» y servicios, a una imagen de postal que debe encarnar la nueva modernidad barcelonesa.

Marcando límites

La Nueva Icaria, por tanto, surge *ex-novo*, surge como una ciudad de nueva planta. La «re-

construcción» del sector se ha ajustado a los propósitos de extender la tipología y morfología de la ciudad decimonónica, así como su estilo de vida urbana, según se ha dicho, construyendo con manzanas o islas cerradas que restauren las dimensiones y los trazados de calles-corredor y plazas característicos de la ciudad. Sin embargo, la nueva ordenación está más bien entre el Plan Cerdà y el Plan Macià, más propio del urbanismo moderno. De éste último retoma el principio de las superislas o grandes manzanas, semejantes a los módulos de la *Ville Radieuse* de Le Corbusier. Pero si éste destinaba el interior de las islas a jardines y espacios libres, el interior de las manzanas de la Vila Olímpica, y ésta es una de las novedades de su planeamiento, se ocupan o bien con casas individuales alineadas, o bien se levantan edificios autónomos, en medio de un ámbito paisajístico. Mientras que el Plan Macià consideraba malsana la sobredensificación de la vivienda, el diseño de la nueva Vila toma partido por la alta densidad cercana a la ciudad tradicional.

La impresión de fragmento urbano que domina en la Nueva Icaria se destaca sobre la pretensión de enlazar con la ciudad como fenómeno histórico. La monumentalización de la construcción y la mayor densidad tiene como consecuencia paradójica que un barrio que tenía que abrir al mar el trazado de la ciudad, parece cerrado sobre sí mismo, visualmente poco transparente o truncándose en un efecto laberíntico, apenas favorecedor de la estancia y la relación social.

El atractivo y el reclamo de esta nueva ciudad, «*de alto nivel en un marco incomparable*», se

asegura, por una parte, con las mejores prestaciones y altas tecnologías para los servicios de seguridad, comunicación y domótica, por otra, recurriendo a un particular enfoque medioambientalista que, sin embargo, no se interesa tanto en los problemas sociales y ecológicos de los procesos urbanos, como en la instrumentalización de los aspectos técnico-ambientales para promover un espacio de «alta calidad», altamente *competitivo*. Nos hallamos, pues, ante procesos urbanos que recuperan formas de hacer la ciudad de signo elitista y selectivo, con insistencia en los alardes de *calidad* conceptual y material de sus realizaciones y en la modernización de los estándares residenciales (calidad que se manifiesta en términos escenográficos y tecnológicos, pero también en claves securitarias). Son las marcas distintivas de un nuevo consumidor-medioambientalista que, cuanto más aspira a situarse en mejor posición social, más empeño pone en afirmar el carácter ecológico y limpio del lugar: el verdor, la claridad, la calma.

Así pues, por su forma urbana, la Vila Olímpica se configura como una parte de la ciudad susceptible de ser considerada como una unidad identificable, un conjunto que posee una individualidad. A las características de construcción reconocibles y que le confieren homogeneidad, se le suma el efecto perceptible de unos *límites* de barrio marcados fuertemente: los espacios abiertos y las vías de circulación rápida como fronteras, la abundancia de signos y códigos (que conducen, aleccionan, previenen al transeúnte), y, sobre todo, la novedad de los «edificios-puerta», esas piezas construidas a manera de

pórtico sobre las calles que delimitan las superislas.

En este caso debemos considerar estas edificaciones por su valor simbólico (reforzado por el intento de singularizarlas y valorizarlas arquitectónicamente). Los puentes y los edificios-puerta o *edificios-umbral* (y en este sentido, también los dos grandes parques hacen de «puertas», de tal manera que se dice de ellos que «*abren el paso al caminante que entra en la nueva ciudad*»), conforman el área residencial como una especie de baluarte, de reserva. Son espacios y umbrales que definen un perímetro, que acotan un espacio que es opuesto a el «afuera», que hacen tangible el espacio interno en forma de territorio, representando la unidad y la diferencia, pero sin llegar a ser el punto de encuentro entre los territorios de la Nueva Icaria y los del Poblenou; por el contrario, lo que parecen transmitir y establecer es la experiencia de la mutua distancia social, esa exclusión o cesura que se manifiesta en los escasos intercambios o comunicaciones entre la nueva Vila y el Poblenou que se extiende a su alrededor. La nueva Icaria parece satisfacerse en su carácter de universo cerrado en sí mismo, autocontenido. «Es como una isla»: ésta es la figura inmediata como se presenta la Vila Olímpica a las gentes de Poblenou o de otros barrios colindantes y que retienen en sus palabras y en su imaginario. Una especie de ciudad-isla, acaso sólo esto es lo que perdura de la otra Icaria, la que Cabet y sus seguidores catalanes pensaron como una «isla ideal».

Tal vez la única ocasión en la que el exterior se «comunica» o se invoca simbólicamente en el interior de la nueva Vila, sea a través de

las pérgolas o marquesinas escultóricas que monumentalizan el recorrido de la avenida Icaria, a manera de una arboleda metálica con troncos retorcidos y ramas minerales. El extraño bosque metálico, como azotado por un vendaval o un huracán implacable, arrasando restos de un naufragio, parece aportar un orden simbólico distinto al de las alineaciones limpias y la claridad de la Nueva Icaria, introduciendo, en la vía que la vertebra, el desorden perturbador, la entropía colindante, extramuros, el universo inquietante de las patologías, los riesgos y las inadaptaciones urbanas, esos mundos ajenos y a la vez visibles, de Wad-Ras, la cercana cárcel de mujeres, del cementerio semiabandonado del Este, del Poblenou azotado por los ritmos de la nueva modernidad.

60

Espacios identificadores

Desde su diseño inicial, la imagen del barrio se conforma mediante el valor simbólico que se desprende de las olimpiadas y de la cercanía del mar «redescubierto». Estas referencias olímpicas glosan y ayudan a forjar los vocabularios y las motivaciones que requiere el nuevo orden urbano y, más allá de los confines de la Vila Olímpica, contribuyen, entrelazándose, a crear la narrativa de la ciudad. Una narrativa que, al concretarse sobre la urbe, ha adquirido hoy una vida poderosa.

La Olimpiada del 92 —convertida en el relato fantástico de una gesta y una fundación que emula la experiencia religiosa que en otras épocas acompañó la elección e inauguración de nuevos emplazamientos, convirtiéndolos en

territorio—, de la que la Vila fue sede de uso intensivo y breve de unos atletas, héroes fundadores, inviste al barrio de un origen y un halo mítico. La euforia olímpica ha permitido diluir o borrar las memorias históricas y culturales anteriores a su recomposición, e imprimir un carácter y unas señas nuevas que informan todo su posterior desarrollo, no sólo urbano, sino también imaginario, como si con ese acto de fundación todo el espacio quedara encantado. Ese espíritu olímpico del barrio mantiene una fuerte homología con los valores que encarnan los nuevos habitantes, las clases que deben expresar y representar en sí mismas lo mejor de la nueva Barcelona.

El deporte ayuda a la presentación de modelos de comportamiento sugestivos: con su contenido de auto-dominio, actúa como un sutil dispositivo de normalización de las conductas, pero también es presentado como un nuevo modelo «activo» de civilidad, de la urbanidad, de la etiqueta o las «buenas maneras» que se esperan del nuevo ciudadano barcelonés. La ciudad se llena de mensajes que aseguran con entusiasmo que Barcelona «és una ciutat que ha considerat sempre l'esport com una manera de viure...», que «Barcelona serà capdavantera en l'esport. Perquè aquesta també és una manera de viure la ciutat». El deporte debe operar un acto de *comunió* en la anónima metrópolis.

La figura del plusmarquista, del deporte de «alta competición», se erige en uno de los mejores emblemas del temperamento y estilo de vida y la imagen de sí mismos que se ofrece a los habitantes del barrio: funcionalidad, calidad y rendimiento como valores morales, co-

mo dispositivo de disciplina acorde con la democracia neoliberal, ámbito de afirmación de la racionalidad técnica e institución ajustada al valor tiempo, patrón de medida del trabajo productivo, ese tiempo cronométrico, lineal, acelerado, que es un valor central del capitalismo como cultura.

Las simbolizaciones olímpicas comportan una «naturalización» implícita de la sociedad y la ciudad meritocrática y *flexible* y, específicamente, integra en una perspectiva natural la segmentación interna y la desolidarización de la fuerza de trabajo. Pero no es sólo un modelo de conducta y autoexigencia que se ofrece a cada uno de sus habitantes, es la ciudad en sí misma la que debe tener una identidad «emprendedora», la que debe ser *competitiva* en el contexto mundial, capaz de rivalizar con otras metrópolis y otros territorios en la contienda por atraer empresas y capitales, es toda la ciudad la que debe ser capaz de realizar el programa que se sintetiza en otra fórmula retórica de la oficialidad local: «*Situar Barcelona al mapa*».

Pero con el «gran acontecimiento» del 92 pasó el resplandor de las bengalas olímpicas, dejando su incienso sobre la ciudad, y Barcelona ha proseguido laboriosamente su «reinención», alumbrando y consolidando su imagen como metrópolis internacional. Para lograrlo, se ha recurrido, entre otros medios, a los atractivos semánticos ofrecidos por unas pequeñas o grandes mitologías sobre el mar y sus aguas. Una corte de zahoríes urbanos en busca de las aguas ocultas se ha afanado en elaborar y difundir un entramado denso de tópicos inveterados en torno al «*reencuentro de Barcelona*

con el mar» y sobre el Mediterráneo mismo como escenario de un sinfín de propósitos y proyectos. Multitud de voces complacientes repiten consignas que anuncian que «*Barcelona ha retrobat la seva essència de ciutat mediterrània*». Y esos mensajes quieren ser remachados por otros medios escenográficos, menores quizá pero no menos presentes en los espacios que se consideran más emblemáticos. Así, por ejemplo, la Vila Olímpica, destinada a ser, como hemos dicho, el nuevo *barrio marítimo* de la ciudad, abunda en la producción de espacios ficticios por medio del recurso al elemento agua y el gusto por los estanques y manantiales, por los falsos arroyos, los puentes, por las grandes y pequeñas pasarelas, procedimientos y juegos decorativos retóricos, las más de las veces superfluos pero repetidos en la creación de los nuevos espacios metonímicos de la ciudad mediterránea (ciudad-mercado del ocio) que se *reencuentra* con el mar, como es el caso del *Parc de les Cascades*, «una lámina de agua, fina y extensa, que cae en cascada doble hacia el cinturón y hacia el mar», o el *Parc d'Icaria*, cuyo lago reproduce el perfil de la isla griega a orillas del Egeo, como queriendo equívocamente encontrar otros orígenes que no sean los de aquella ciudad fabril y obrera que nació mediando el siglo XIX.

Habría que indagar en las imágenes profundas que se contienen en los elementos y espacios urbanos. Como señala Barthes (1993: 265), «numerosas encuestas han subrayado la función imaginaria del *paseo*, que en toda ciudad es vivido como un río, un canal, un agua. Hay una relación entre el camino y el agua, y sabemos bien que las ciudades que ofrecen mayor

resistencia a la significación y que por lo demás presentan con frecuencia dificultades de adaptación para sus habitantes son precisamente las ciudades que no tienen costa marítima, plano acuático, sin lago, sin río, sin curso de agua; todas estas ciudades presentan dificultades de vida, de legibilidad».

En el caso al que hacemos referencia, no se trata de meras «aguas durmientes». Junto a la significación moral y médica del agua como elemento de virtudes regeneradoras cuya acción disuelve, purifica o limpia, como agente del que emana claridad, transparencia y frescura (en lo que fueron primero tierras bajas propicias para las marismas, las miasmas, los desagües insalubres; y luego un depósito de viejas plantas fabriles, siniestras en su desuso), el agua se muestra, además, como símbolo y espejo de una «comunidad purificada» que ha llegado al nuevo barrio casi con el espíritu de unos orgullosos colonos. Pero el agua y los motivos que se inspiran en ella parece contener también la metáfora visual dominante de esa ciudad de los flujos múltiples, del espacio cada vez más líquido, del tiempo sin sentido referencial, de la liquidez de los réditos, del fluido de seres de un lado a otro: imagen ideal del tiempo cíclico, del tiempo de rotación perpetua del capitalismo de consumo.

Así, el agua parece representar el dominio del tiempo sin lugar. Pero por otro lado, en estos y en otros escenarios urbanos del consumo sin lugar, el campo semántico abierto por las imágenes del «mar» y el «ocio» desempeña otro papel clave, produciendo un eficaz entramado retórico que impone una lectura del «reencuentro» con el mar en términos de «reapro-

piación» e identificación de la ciudad por los «barceloneses». Son estos espacios los que deben proclamar el compromiso de todos los ciudadanos con la ciudad.

La privatización del espacio urbano

«*La Vila Olímpica és una de les noves construccions olímpiques que millor expressen el desig de pertànyer als ciutadans.*» Este mensaje desmesurado y repetido de una u otra manera desde lugares diferentes, que quiere incentivar y exaltar el consumo intensivo de ocio en las playas y las áreas abiertas del litoral urbano, choca a la vez con el escaso reclamo de la Nueva Icaria residencial para el uso de sus espacios públicos. En la Vila Olímpica se plantea, o se replantea, un problema difícil para la ciudad actual, esto es, la distinción entre lo público y lo privado en su seno, y la noción de espacio público.

El transeúnte que incursiona por sus calles tropieza continuamente con advertencias y signos visibles —a los que se suman otros procedimientos que parecen desplegar un orden laberíntico que filtra la concurrencia— con los que se remarca y se protege la privacidad y la inviolabilidad de ciertos «*espacios reservados*», mantenidos como remansos clausurados. Los territorios de la Nueva Icaria se modelan «a prueba de gentes», capaces de resistir y repeler los usos posibles por usuarios ajenos que pueden merodear, estropear, pintarrajar, prestos a impedir cualquier señal de *abandono* que pueda testimoniar la externalización de las apropiaciones y la vida vecinal. Así, para el transeúnte no es fácil reconocer los *lugares* donde late y se

desarrolla su vida colectiva, allí donde cristalizan las relaciones entre los individuos y los vecinos.

La *casa*, más que cualquier otro ámbito espacial, parece convertirse en un símbolo cultural con una posición dominante. La vivienda se transforma en un ámbito de inversión privilegiada que permite a cada cual concretar su estilo de vida. Recogiendo las innovaciones de la domótica, el círculo doméstico se convierte en un centro equipado de comodidades múltiples que reúnen modernas técnicas comunicacionales e informativas, a partir de las cuales se organizan comunicaciones flexibles con el exterior y más desarticuladas espacialmente.

La preeminencia de la casa y de los valores asociados a la atmósfera doméstica, acentúa el contraste del interior y el exterior, de la privacidad y la socialidad en el espacio urbano. La esfera privada se hace más impalpable, se cierra de un modo cortante sobre la pública. Se reducen los *itinerarios cortos*, aquellos que circundan la vivienda, y se incrementan los *trayectos largos* que trascienden el ámbito del hogar o del barrio. Así, la vivienda, en este nuevo barrio, se conforma como lugar de alejamiento. La transparencia y la claridad del interior, del que se eliminan separaciones entre espacios domésticos, tiene su contrapunto en una mayor opacidad y menor porosidad con el exterior, con el espacio público, casi abolido por una sobresaturación de privacidad y de privatización. La insistencia sobre las «esencias mediterráneas» de esta Barcelona «reinventada», contrasta con unas edificaciones que suprimen o minimizan elementos característicos de la ciudad, como los balco-

nes o las terrazas, esos pequeños espacios donde se aproxima o incardina lo público y lo privado, lo de dentro y lo lejano.

Mientras que en las imágenes y en las experiencias de sus lugares, las gentes de Poblenuu –ligadas a una cultura obrera centenaria– expresan el valor de la sociabilidad y la permanencia, el apego a la contigüidad y la cercanía geográfica prolífica en relaciones sociales y en modalidades de asociacionismo, en cambio, son los criterios de la accesibilidad espacial, de la conectividad y la movilidad, los que toman mayor importancia en los nuevos residentes de la Vila.

Si hallamos en el *silencio* (la «calma») un síntoma que nos aproxima a la vida familiar celosa de la privacidad, también sus jardines y remansos interiores reservados, «exclusivos», en los que hallamos un cuidado especial en la producción de fronteras –muchas veces barreras o membranas blandas, pero reforzadas en su visibilidad– son ciertamente expresivos de una inquietud por la seguridad y el control, de un espíritu de envoltura, de una intención de defensa, que se muestra, sobre todo, en la obsesión por la vulnerabilidad y la indefensión de *la infancia*, la prevención contra la amenaza del merodeo, de la intrusión de gentes ajenas o la indiscreción contra el orden moral del barrio: como escudo protector, prolongan el contorno envolvente de la casa para alejar la privacidad de la *mirada* del otro.

La ciudad imaginada, la ciudad olvidada

¿Qué han aportado o en qué han singularizado esos nuevos espacios *la imagen y la personali-*

dad de la ciudad? La novedad de esta Icaria apenas puede ser identificada más que como perteneciente a la cultura internacional del consumo y del terciario avanzado al que se quiere destinar las nuevas centralidades de la metrópolis postindustrial.

La gestión urbanística ha optado por entender Barcelona como una suma de microsistemas o de fragmentos relativamente autónomos, es decir, de *barrios* singularizados. La dificultad de representación de la metrópolis policéntrica o diseminada, acentúa el interés por el barrio. Sin embargo, el cultivo de estas microidentidades crece al tiempo que se dificulta la continuidad y la reproducción social de los vecindarios populares y las actividades históricamente enraizados en esos espacios de la ciudad, cuando no se impulsa el canje más o menos acelerado por otros sectores de población.

64

En esta Nueva Icaria, como en otras partes de la ciudad, se ha querido fortalecer la sociabilidad del barrio mediante artificios simbólicos y animaciones socioculturales. La «ideología de la urbanidad» intenta definir el que tiene que ser uno de los rasgos identificadores de los nuevos espacios urbanos, ofreciendo un modelo de participación –como el que se homenajea en la Plaza de los Voluntarios, símbolo de una *nueva ciudadanía* que exalta la co-responsabilidad, el *trabajo voluntario*, esa economía sumergida de la administración, un tipo de solidarismo compasivo que actúe como contrapeso y alivio de la competitividad del plusmarquista olímpico–. Hallamos, así, arquitecturas y signos de una ciudadanía que, precisamente a través de esa simbolización, se muestra como ciudad ausente, pálidas

imitaciones o re-presentación ilusoria de las socialidades y sus lugares, recreándolos y entreteniéndolos en lo imaginario para que así dure la ilusión de una vaga comunidad.

En este barrio *sin orígenes*, los nuevos ocupantes trenzan su no-historia con la memoria abolida de la otra Icaria y se muestran como orgullosos pioneros en la «colonización» de la nueva ciudad. Sin embargo, desde el poder municipal de la ciudad se ha previsto la necesidad de fundar y dotarles de una nueva tradición y raigambre, de una *continuidad*, incorporarlos a la «gran comunidad» urbana. Podemos referirnos, por ejemplo, a un instrumento, quizá menor, pero tal vez no menos eficaz para lograr ese fin, y que se revela en las prácticas de rotular y nombrar los territorios de la ciudad. La memoria abolida de las cosas y los hombres es necesaria para inaugurar un nuevo imaginario colectivo. Así, derruidas las calles del antiguo barrio, también sus nombres se han borrado del nomenclátor urbano y una nueva constelación de topónimos rotulan las calles y plazas, simulando otra sedimentación histórica: las nuevas calles toman los nombre de Miró, Espriu, Rosa Sensat, Sert, etc., espíritus de una saga querida convocados para conformar el imaginario de una generación (que por otro lado, gusta definirse más en términos de capital cultural) que, por su edad, debe vitalizar la nueva ciudad, heredando las imágenes de la urbe dinámica, creativa, abierta, «progresista», que conmemoran esos nombres, y que hoy ayudan a consolidar la vida imaginaria de una Barcelona de esparcimiento, de ocio, de cultura, y, sobre todo, de *calidad*.

Como ya ha ocurrido en el centro histórico de la ciudad, donde se ha experimentado las consecuencias de separar el monumento del tejido social –recordemos que la invención del llamado *barri Gòtic*, como recinto monumental, y la apertura de la vía Laietana a comienzos de siglo, son aspectos de un mismo proceso–, también la arquitectura de la Nueva Icaria está afectada por el paradigma del «monumento» histórico y la obra artística con voluntad de inscribirse en el *patrimonio*. El cultivo de la imagen visual, la inflación constante de monumentos y estatuarias fechados, autenticados, *firmados* por arquitectos con reconocimiento gremial, convierte lo que debía ser tejido urbano en un museo en el que todas las gentes pasan a tener el estatus y los hábitos de «visitantes», de «público», consumidores de un espacio desocializado opuesto a la condición de «vecino» o a las prácticas de apropiación del espacio que desarrollan una vida particular. La ciudad vívida cede cada vez más espacio a la ciudad-museo, a la ciudad *expuesta*.

En esta nueva *Vila*, la ausencia del callejeo, del paseo, es también la ausencia de cualquier «otro» posible, de toda figura de la alteridad urbana, y sobre todo de la que puede ser considerada «alteridad inquietante». Pero sin el *otro* no puede haber espacio público. Este espacio es también aquel en el que no nos damos «por descontados», por el cual podemos echar desde afuera una mirada sobre nosotros mismos. Es el lugar de neutralización parcial de la identidad (de la familia, la residencia, el trabajo, el «sí mismo»). El espacio público aporta a la acción social la necesaria función excéntrica de la imaginación frente a la función integradora de la ideología, y nos permite repensar la naturaleza de la vida social. En suma, escasa de espacio público, esta nueva Icaria es también un barrio sin *acontecer*, sin apenas sucesos imprevisibles ni azares que sorprendan al que deambula o al que mora allí. La normalidad y la discreción imperante en las gentes y las cosas parece explicitarnos que caminamos por un territorio apaciguado, del no conflicto, donde la ciudad ideal ha consumado un consenso. Un espacio en orden. Una *pax urbana*.

65

BIBLIOGRAFÍA

- Barthes, R., «Semiótica y urbanismo», en *La aventura semiológica*, Paidós, Barcelona, 1993, págs. 257-266.
- Bergalli, V., «Barcelona, Ramblas abajo. La ciudad, el mar y el extranjero», *Archipiélago*, núm. 12, Barcelona, 1993, págs. 29-35.
- Bergalli, V. y Santamaría, E., «Sobre el oficio de animador. Apuntes antropológicos», *Perspectiva Social*, núm. 37, ICESB, Barcelona, 1995, págs. 67-75.
- Geertz, Cl., «La ideología como sistema cultural», en *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Madrid, 1989.
- Lakoff, G. y Johnson, M., *Metáforas de la vida cotidiana*, Cátedra, Madrid, 1991.
- López, P., *Un verano con mil julios. Barcelona: de la Reforma Interior a la Revolución de Julio de 1909*, Siglo XXI, Madrid, 1993.
- López, P., «1992, objectiu de Tots? Ciutat-empresa i dualitat social a la Barcelona olímpica», *Revista Catalana de Geografia*, núm. 15, volum VI, Barcelona, junio 1991.
- Marín, J.F., «La manipulació de l'espai. El cas del marge dret del Besòs (Sant Adrià)», *Arguments i propostes*, núm. 2, diciembre 1993, págs. 57-64.
- Moix, Ll., *La ciudad de los arquitectos*, Anagrama, Barcelona, 1994.
- Narotzky, S., *Trabajar en familia. Mujeres, hogares y talleres*, Edicions Alfons El Magnànim, Valencia, 1988.
- Ricoeur, P., *Ideología y utopía*, Gedisa, Barcelona, 1989.
- Roca, J., «Recomposició capitalista i perifertzació social», en VV.AA.; *El futur de les periferies urbanes*, op. cit., págs. 509-788.

II Pla Estratègic Econòmic i Social Barcelona 2000, Associació Pla Estratègic Barcelona 2000, Barcelona, 1995.
Tello, R., «Les estratègies de la Barcelona 2000», *Revista Catalana de Geografia*, núm. 15, volum VI, Barcelona, 1991.
VV.AA., *Las grandes ciudades en la década de los noventa*, Sistema, Madrid, 1990.

VV.AA., *El descubrimiento del 92. La otra cara del espectáculo*, Virus Editorial, Barcelona, 1992.
VV.AA., *El futur de les perifèries urbanes. Canvi econòmic i crisi social a les metròpolis contemporànies*, I.B. Barri Besòs, Barcelona, 1994.

NOTAS

¹ Este artículo surge, en lo fundamental, a partir de la colaboración que el autor prestó, junto con Valeria Bergalli, Isabel Samitier y Antonio Vargas, para la preparación de la exposición que, con el título *La ciutat de la gent*, el fotógrafo Craigie Horsfield presentó en la Fundació Antoni Tàpies (Barcelona, del 29 de mayo al 2 de agosto de 1996).

² Se habla de «plan estratégico», como alternativa al planeamiento operativo urbano clásico, en el sentido de concitar el consenso entre los «agentes sociales» fundamentales de la ciudad en torno a una amplia declaración de intenciones y objetivos, con una ideología empresarial y técnica en la manera de abordar su desarrollo, y una concepción organicista de la ciudad. En esta planificación de gestión, la administración local tiene que actuar como motor del proceso y garante de los compromisos. La planificación estratégica no es sino «una de las modalidades posibles dentro de los presupuestos de la prospectiva funcionalista sistémica, que se ha convertido hoy en día en la forma hegemónica de una reflexión tecnocrática sobre el futuro» (Roca, 1994: 604). Sobre el Plan Estratégico afirma R. Tello (1991: 15) que «se inscribe en el modelo de planificación atópica, que escapa de las determinaciones espaciales de localización».

³ Según la hipótesis que mantiene Roca (1994, pp. 595-596), la dualización y segregación espacial resulta menos visible en sus manifestaciones más claras en el caso de la ciudad de Barcelona, debido al efecto retardador que desempeña la difusión, durante los años del *desarrollismo*, de un alto número de viviendas en régimen de propiedad o de alquiler con contrato de larga duración. La formación de este patrimonio inmobiliario popular (vivienda, bienes de consumo duraderos, etc.) ha moderado, en las décadas 80 y 90, el avance de la periférisación social, que actúa principalmente a través de los precios del suelo.

⁴ Como veremos, el discurso de la «calidad» posee una notable capacidad para concitar el consenso local y, específicamente, lograr el dominio simbólico de los que se ven afectados por una u otra actuación urbanística. En los diferentes juegos de imágenes que generan las retóricas de la calidad subyace siempre la contraposición a la *ciudad-desarrollista* de crecimiento cuantitativo del tardofranquismo: masificación frente a desdensificación, suburbanización frente a centralidad, homogeneización frente a diferenciación, despersonalización y fealdad urbana opuesta a singularización y formalización de espacios. «Calidad» se convierte en una palabra-clave para la competencia regional o internacional.

⁵ Sobre las políticas de *dinamización sociocultural* y la producción de sociabilidades programadas, cfr. Bergalli y Santamaría (1995).

⁶ Se trata de uno de los barrios más estigmatizados y criminalizados en el imaginario barcelonés, un barrio que siempre se presenta como irreductible e incompatible con la imagen que la ciudad se hace de sí misma. A finales de los 80 ya hubo un serio intento de desplazar masivamente a una parte de la población de La Mina, por cuanto ésta es una de las zonas que más ha incrementado su valor de «centralidad» y accesibilidad. La oposición vecinal a estos proyectos fue sometida, por parte de las autoridades y técnicos locales, a un sofisticado tratamiento que pretendía deslegitimar las resistencias convirtiéndolas en *tensiones comunitarias*, en manifestaciones de «corporativismo territorial» o enfrentamientos casi de tipo «interétnico» entre el barrio de La Mina y el barrio de Cobasa de Sant Andrià del Besòs, donde debían ser reubicados una parte de los desplazados (conflicto que estalló en octubre de 1990). Por otro lado, en el interior de La Mina se procedió a lo que J. F. Marín (1993: 62-63) llama la construcción de la comunidad vecinal como un «grupo diádico» formado por dos sectores de población enfrentados territorialmente, los habitantes «normales» y «adaptados» de la «Mina vella» (sector «recuperable» a rehabilitar) y los «no normales» e «inadaptados» o «enfermizos» de la «Mina nova» (sector irreductible e «irrecuperable» a derribar). Cfr. Marín (1993), Roca (1994: 636-640) y VV.AA. (1994).

⁷ Debe tenerse en cuenta el marcado carácter «antiurbano» de amplios sectores del nacionalismo catalán, que se expresó en el tardofranquismo en las consignas de *conocer el país* y *«fer país»*, en la que se contenía una crítica acentuada a la «macrocefalia» de la metrópolis barcelonesa, cuyo centro histórico y sus sucesivas coronas periurbanas han sido los espacios de recepción de las migraciones peninsulares de los años 50-60. Frente al metropolitanismo de otras formaciones políticas, el nacionalismo ha tendido a un modelo territorial comarcal, que en parte recupera las propuestas de la Generalitat republicana, con la intención de favorecer un reequilibrio territorial.

⁸ Para las políticas y modelos territoriales, cfr. J. E. Sánchez, «Transformacions a l'espai productiu a Barcelona 1975-1990», *Revista Catalana de Geografia*, 15 (VI), Barcelona, 1991; Roca (1994, pp. 607); Roca, *L'organització de l'espai a Catalunya*, ICE-UAB, Bellaterra, 1985; *II Pla Estratègic* (1995); *Barcelona. Un modelo de transformación urbana*, Programa de Gestión Urbana-Ajuntament de Barcelona, Quito, 1995.

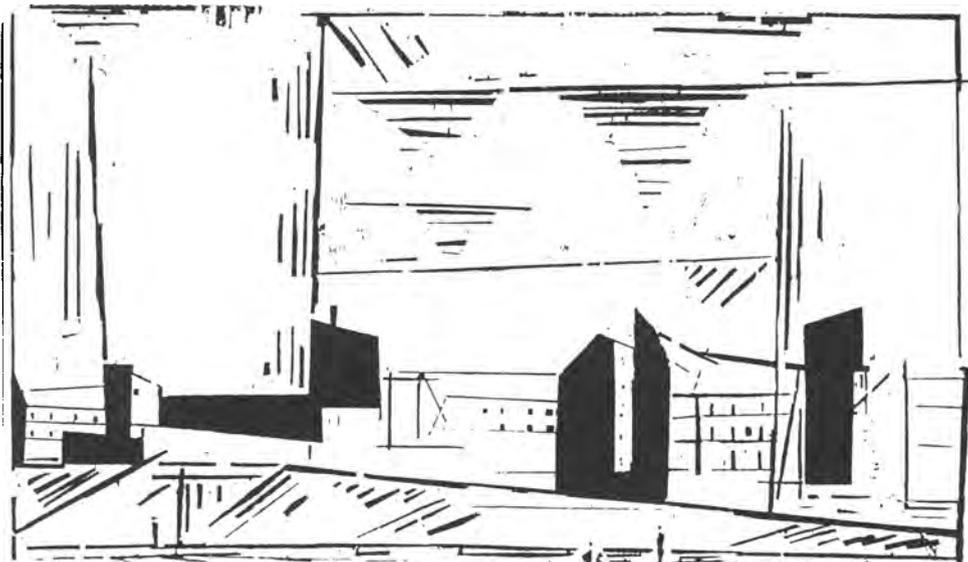
⁹ El Plan de la Ribera fue concebido en plena etapa de «desarrollismo» por algunos bancos e industriales ubicados en la zona que pensaron aprovechar especulativamente los terrenos de sus fábricas. El plan se proponía urbanizar el litoral desde la Barceloneta hasta Sant Adrià, expulsando a unas 15.000 personas que vivían, sobre todo, en el sector llamado *El Taulat*. Algunos bautizaron la propuesta como una *Copacabana* barcelonesa. La fuerte oposición de los afectados y del resto de los vecinos del barrio, aglutinados en torno al semanario vecinal *Quatre Cantons*, abortó la operación. Entre las críticas que recibió el Plan se destacó «que la remodelación conviene, pero respetando los derechos de los vecinos y haciendo una unidad con el resto del barrio, y no una zona residencial aislada totalmente del Poblenou (...), que el Poblenou no tiene por qué perder su carácter obrero, lo cual no quiere decir dejadez urbanística ni sanitaria...».

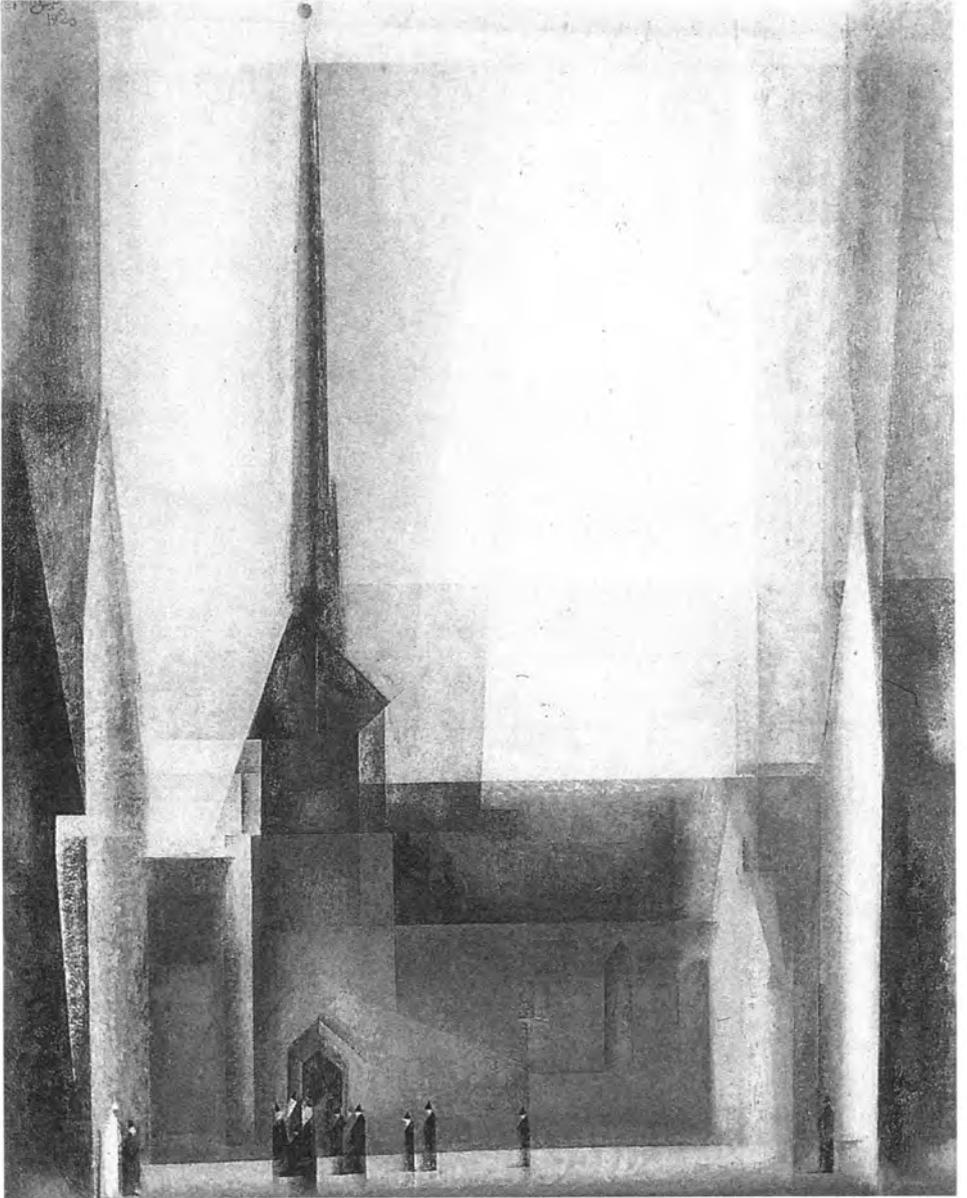
¹⁰ Recordemos que años antes, en el último periodo de la dictadura, había fracasado el intento de conseguir para la ciudad los Juegos Olímpicos de 1972. También fracasó la propuesta de celebrar la Exposición Barcelona 2000. Ambos proyectos recibieron una fuerte crítica ciudadana. Por otra parte, comparando los tres grandes acontecimientos que han jalonando la historia de la ciudad, como son la Exposición Universal de 1888, la de 1929 y los Juegos Olímpicos de 1992, comprobamos que éstos han actuado como catalizadores de procesos económicos y sociales ya en marcha: «se observa cómo todos ellos han acabado materializándose en momentos de depresión del ciclo de crecimiento de la ciudad, han permitido fijar las bases de una nueva acumulación a través de una re-urbanización del capital y han relanzado la internacionalización de la economía productiva catalana» (Roca, 1994: 606).

¹¹ Téngase en cuenta que la Vila Olímpica y el llamado «complejo Marina» son la materialización de una de las

doce *áreas de nueva centralidad* (ANC). Las ANC, que deben acoger las actividades de terciario avanzado y cultural, parten de una concepción reticular del «centro» y con ellas se quiere difundir el valor de «centralidad» —entendida como permeabilidad a la innovación y a la mundialización— hacia las barriadas de lo que hasta entonces había sido la primera corona suburbial, en buena parte formadas a partir de los aportes migratorios de las décadas anteriores (cuya continuidad en estos barrios queda cuestionada), articulando así una urbe polinucleada. En buena medida suponen una exportación de las «periferias» sociales. Sostiene R. Castro que «hay que aprovechar cualquier oportunidad para que el poder, lo simbólico, lo cultural, se desconcentre. Es la explicación de los cinco París en lugar de uno» (en VV.AA., 1990: 297). Cfr. *Àrees de Nova Centralitat*. Ajuntament de Barcelona, Barcelona, 1987. VV.AA. (1994); también P. López (1991: 96).

¹² El proyecto de reapropiación de la fachada marítima y expansión hacia el Este no es una idea nueva. El asunto se apunta periódicamente desde las primeras décadas del siglo. El arquitecto Puig i Cadafalch, que afirmaba que «*sentim la necessitat de fer la Gran Barcelona, la París del Migdia*», promovió la idea de aprovechar una segunda Exposición Universal para orientar el crecimiento urbano hacia la zona del Besòs. Ya el mencionado Plan de la Ribera lanzó una fuerte campaña de prensa con el slogan «*Una ciudad que no puede seguir viviendo de espaldas al mar*». En este caso, una figura retórica similar a la del «reencuentro con el mar» se mostró claramente ineficaz y fallida unos veinte años antes, en otro contexto social y urbano, en el que se recurrió no a un discurso de «cualificación» del espacio, sino de «expansión» (cuantitativa) de la ciudad.





Lyonel Feininger, Gelmeroda IX. 1926.